

da como lo fué su madre, me parece respetable, y ahora he visto que hay un no sé qué de conmovedor en vuestras ceremonias que me hace comprender mejor el modo de pensar de ustedes.

A los pocos días aquel lugar apartado contenía algunas personas íntimas, convenientes, que asistían á un casamiento.

No será demás decir que desde ese día, fuera por cambio de principios, fuera por gratitud, el miembro del gobierno revolucionario, fué ocultamente el protector de aquella pequeña iglesia, que pudo subsistir en paz, ignora da de sus perseguidores.

UNA CARTA.

(DEL POEMA INÉDITO "RELIQUIAS")

Y quedó sola. Su convulsa mano Revelaba mortal desasosiego: ¡Cuántas visiones gratas y terribles Engendró su turbado pensamiento!

Era de Oscar la carta. ¡Portadora De dicha cierta ó infortunio eterno!... No más vacilación: ¡ó muerte ó vida! Lo dirán de las cartas los conceptos.

¡Mi idolatrado bien: estrella única Que iluminaste mi nublado cielo, Angel de redención del alma mía Que has llamado á las puertas de mi infierno.

¡Ah, no te vayas, no! Vuelve al preito Los claros ojos de radioso fuego: No me abandones en la cruel angustia Que se desborda en mi oprimido pecho.

¡Mensajera de Dios elemento y justo, En quien nunca creí, y en quien ya creí; Luz que hasta mi conciencia penetraste, Mostrando al alma su asqueroso cienc;

¡Si me has dicho que es cierta la ventura, Y que de hallarla sabes el secreto, ¡Por qué negarme el generoso auxilio, Si solo, en vano buscaré el sendero!

¡Entre las brumas de mi triste vida Misteriosos deleites entreveo; Y los quiero gozar. Ya á los falaces Grotescos goces descender no puedo.

¡Tú me enseñaste á amar. Por tí del mundo Effimeras victorias aborrezco: ¡De qué sirven halagos mentirosos, Si se vislumbran horizontes nuevos!

¡Ah, María! Perdona si un instante Pudo ofenderte mi extraviado acento; Yo no fui quien te hirió; fué mi pasado Que se antepuso á mi amoroso empeño.

¡Quise escalar la cumbre esplendorosa, Donde virtud y amor tienen asiento, Y, envidioso del bien que me atraía, El vicio infame me salió al encuentro.

¡Ay del mortal que, torpe ó confiado, En la maldad abdica sus derechos! Cuando los bienes á su lado acuden, ¡El infeliz no sabe conocerlos!

¡Así es tu Oscar. Le hablaste en un idioma Tan extraño, tan púdicó, tan bello!... ¡Cómo, quien nunca oyó prodigios tales, Pudo escucharte, sin quedar suspenso!

¡Mas ya mis ojos á la luz se abren, Y la grandeza de tu amor comprendo: No soy digno de tí, pero te amo; Y por tí, por mi amor, he de ser bueno.

¡Eres un ángel que en la altara vives, Y yo ¡triste! me arrastro por el suelo! Eléveme tu amor. ¡No me rechaces, ¡Oh, mi dicha! oh, mi luz! oh, mi embeloso!

En tanto que leía, de sus ojos Brotaba un sol de inextinguible fuego;

Circundaba su faz cerco divino, Y la ilusión resplandeció de nuevo.

¡Oh, amor, celeste encanto de la vida! Si eres sueño nomás, ¡bendito sueño! Sin tí, no sabe el hombre lo que busca; Contigo, ve lo que soñó su anhelo.

A un alma bajas, y, do sombra había, Luz de rayos divinos surge presto; Donde antes la tristeza, reina el gozo, Y la vida, y el mundo, todo es bello.

—Me ama!—pensó la enamorada virgen, Depositando en la misiva un beso; —Ah, sí! Me ama!—repetió su labio:— ¡Como no he de quererle si es tan bueno!

Y ufana, estremecida de ventura, De nobles ansias palpitando el seno, Impulsada de fuerza misteriosa, Descalzo el breve pié, saltó del lecho.

ENRIQUE PÉREZ VALENCIA.

Octubre de 1893.

LA MUJER DE OTELO.

¿HA sucedido lo que vamos á referir? Hay quien dice que sí, y hasta señala el nombre de la calle y el número de la casa. Hay quien dice que todo ello es invención de algún desocupado que deseaba para sus conversaciones un tema nuevo y dramático.

Alfredo estaba locamente enamorado de la bella y graciosa viuda de I. . .

Eugenia, mujer inteligente y perspicaz, rehusó desde el primer momento el honor que se le dispensaba, no obstante de ser Alfredo un perfecto caballero, joven, dueño de una cuantiosa fortuna, casi un Adonis, sin presumirlo, y de una conversación fácil y agradable, que revelaba á todas horas las altas dotes de su ingenio.

Sin embargo, la viuda no formuló una negativa clara y rotunda, dejando entrever en sus frases vagas esperanzas y la posibilidad de un feliz éxito en las pretensiones de que era objeto.

Dudaba mucho en tomar una resolución definitiva, pues si las cualidades de su pretendiente eran inmejorables, la naturaleza le había dotado de un defecto, que Eugenia consideraba como el peor y más terrible de los defectos humanos: Alfredo era celoso, celoso como un Oteio.

La viuda pensaba temblando en el triste fin de la inocente Desdémoma.

Burla, burlando, Eugenia había llegado á interesarse por Alfredo; quizá le amaba, y así se lo dejaba adivinar no haciéndole ver lo contrario.

Alfredo insistía en sus pretensiones amorosas con mayor brío cada día; por fin, se decidió á bloquear la plaza y á intentar el asalto de una vez para siempre.

Le impulsó á ello la llegada á Madrid de un oficial de marina, llamado Briones, primo de Eugenia, y á quien ésta dispuso una afetuosa acogida.

Briones era un gallardo mozo, joven, guapo, y que vestía el uniforme con elegancia y donaire.

No eran todos estos motivos suficientes para exasperar los celos de Alfredo?

Eugenia lo comprendió así, y se juró darle radicalmente de tan funesta manía, único obstáculo con que tropezaba para entre darle su corazón.

Alfredo visitaba todos los días á Eugenia, y siempre á horas diversas y sin anuncio previo.

Surgía como Bartolo, de improviso, echando una mirada inquisitorial á la puerta que se cerraba, á los cortinajes que el viento movía, á los balcones, á las sillas, á los cuadros, á todas partes, en fin.

do de sus cabellos, la línea azul que sombreaba sus ojos, y el color rosado de sus mejillas; al darla la mano, examinaba la punta de sus delicados dedos para ver si descubría en ellos la más leve mancha de tinta que le revelase si había empleado el tiempo en escribir alguna carta que, por fuerza, tendría que ser amorosa.

Eugenia, deseando poner término á esta situación difícil y angustiosa, espío un día desde sus balcones la llegada de Alfredo.

Quando le vio aparecer en la esquina de la calle, sonriendo maliciosamente, se dirigió hácia su secreter, tomó un sobre en el que metió varios papeles, y con msno temblorosa, despues que lo hubo cerrado, escribió un nombre.

Lo hizo con tal torpeza, que cuando Alfredo apareció en el gabinete, aún tenía la carta entre sus manos.

Afardida, arrojó rápidamente el cuerpo del delito en el secreter, y carró de golpe la puertecilla.

Alfredo estaba furioso, y con aparente calma se llegó á saludarla, sorprendiendo al estrecharle la mano en el extremo del índice, junto á la niña, un poquit de tinta, no tan negra como los pensamientos que le atormentaban.

Mientras él procuraba dominarse y sonreír con aspecto que daba ganas de llorar, Eugenia hacía y decía más locuras que nunca.

La actividad febril y sin objeto de la viuda enardeció más y más los abrasadores celos de Alfredo.

Un criado anunció de pronto que la modista rogaba á la señora que la concediese dos minutos para probarla un vestido.

Eugenia se excusó graciosamente con Alfredo, y rogándole que no se fuera, desapareció á todo escape.

Apénas se vió solo Alfredo, se arrojó sobre el secreter, lo abrió, halló la carta que tan fuera de sí lo tenía, y leyó en el sobre: "Sr. D. Tomas Briones."

¡El marino! ¡Siempre el marino! rugió furiosamente, al par que restregó con ira la carta entre sus dedos.

El papel, bajo esta presión brutal, se rompió por un extremo, y se abrió en el instante mismo en que la viuda aparecía en el umbral de la puerta.

Alfredo, instantáneamente, cerró con la espalda el secreter y guardó la carta en sus bolsillos, permaneciendo inmóvil como una estatua, en tanto que Eugenia se dejaba caer en el sofá y reanudaba la conversación interrumpida.

El desgraciado sentía angustias mortales; le parecía que le pinchaban el cuerpo con alfileres, le apretaban las botas como borseguines de hierro, un horno caldeaba su cerebro, y la tía su corazón como si sobre él cayesen las cataratas del Niágara.

Se disponía á marcharse cuando llamaron á la puerta nuevamente.

—¡Adelante.

—¡Tiene la señora alguna orden que darme!

—¡Ah, es verdad! . . . ¡qué cabeza! . . . Una carta urgentísima. Con permiso de usted, Alfredo.

Se dirigió al secreter, y Alfredo sintió como una ducha helada que le corriera desde la nuca hasta los talones.

que me han robado, exclamó la viuda desesperadamente.

En el instante en que Alfredo iba á arrojar la carta sobre un mueble cualquiera, se levantó el portier y apareció el criado, seguido de un caballero de vestido negro que empuñaba en la diestra un baston de autoridad.

—Aquí está el señor delegado del distrito.

A Alfredo se le pusieron los pelos en punta; sintió que le corría por las venas plomo derretido y dirigió una mirada al balcon, que, desgraciadamente para él, lo era de un piso tercero con entresuelo y cuarto bajo.

—Acaban de robarme, señor delegado! dijo Eugenia mirando á su amante de rojo.

—Y cómo ha podido ser eso? —No lo sé; pero lo cierto es que en el breve espacio de unos minutos, me han robado una carta que contenía diez mil pesetas en billetes del Banco.

Alfredo se dejó caer sobre una butaca como si el mundo se le viniera encima.

¡La carta que tenía en sus bolsillos contenía dinero! ¡Estaba perdido, deshonrado, é iban á arrojarle de allí como á un ladrón cogido infraganti!

¡Si hubiera tenido á mano un revólver se hubiera levantado la tapa de los sesos!

Quando recobró algún tanto sus fuerzas, oyó á Eugenia que decía:

—Metí los billetes del Banco en un sobre, y lo dejé en este secreter encima de todo.

—¡Y nadie ha entrado aquí desde entonces!

—Nadie más que este caballero.

El delegado se dirigió á Alfredo con esa fija y fría mirada de los hombres de justicia, y le dijo:

—Caballero, usted me perdonará, pero tengo que registrarle.

El interrogado, lívido, tembloroso, medio loco, se dejó caer de rodillas.

—Perdon, señora, exclamó dirigiéndose á Eugenia; estaba celoso. . . yo creí que esta carta . . . como leí en el sobre. . .

Hubo un largo silencio; Alfredo, avergonzado, confundido, lloroso y suplicante no se atrevía á levantar la cabeza.

De pronto sonó una ruidosa carcajada.

—Le servirá á usted esto de lección! dijo Eugenia sin cesar de reír.

—¡Qué significa? . . . articularlo Alfredo.

cual aquella misma noche ganó la isla de Cerdeña.

Quando la madre recibió el cadáver de su hijo, que varios vecinos le llevaron, no lloró, pero permaneció inmóvil á su lado, contemplándole durante largo tiempo.

Extendiendo despues su arrugada mano sobre el cadáver, le prometió la vendetta.

No quiso que nadie la acompañara y se encerró con la perra en la cámara mortuoria.

La anciana derramó entónces abundantes lágrimas, y dirigiéndose luego al cadáver, exclamó:

—Duerme tranquilo, hijo mío, que tu madre te vengará. ¡Ya sabes que cumplo siempre mis juramentos!

Antonio Saverini fué enterrado al día siguiente, y á los pocos días nadie se volvió á acordar de él en Bonifacio.

Antonio no había dejado ni hermanos ni primos ni hombre alguno que pudiera consagrarse á la vendetta. Sólo su madre pensaba en ella.

Del otro lado del estrecho veía desde por la mañana hasta la noche un punto blanco en la costa. Era Longosardo, donde se refugiaban los bandidos corsos perseguidos de cerca y donde vivía Nicolás Ravolati.

La pobre viuda, al verse sola, enferma y próxima á la muerte, no sabía qué hacer para realizar su venganza. Pero había hecho un juramento ante el cadáver de su hijo y no tenía más remedio que cumplirlo.

Una tarde, al oír ladrar á Capitana, tuvo la madre una idea salvaje y feroz, que maduró durante toda la noche.

Al despuntar el alba, se dirigió al patio de su casa y ató á la perra con una cadena.

Capitana estuvo ladrando todo el día y toda la noche siguiente, privada de alimento.

A la otra mañana llevóle la viuda un lebrillo de agua y nada más.

A las veinticuatro horas tenía la perra el pelo erizado y tiraba furiosamente de su cadena.

Entónces la Saverini fué en busca de una buena cantidad de paja, cogió un traje de su marido, que todavía guardaba, y construyó un maniquí que colocó cerca de Capitana.

La cabeza del muñeco estaba representada por un lio de ropa.

La vieja fué á comprar un pedazo de longaniza, y al volver á su casa empezó á asarla á la parrilla, junto al sitio donde estaba la perra, que rababa desesperadamente, azuzada más y más por el hambre.

Despues, la Saverini rodeó la longaniza al cuello del maniquí, y dió suelta á Capitana.

De un salto formidable el animal asaltó la garganta del muñeco y se puso á destrozarla en busca del ocoído alimento.

La anciana, que contemplaba gozosa aquel espectáculo, repitió varias veces el experimento con idénticos resultados.

gito y cayó en tierra, no sin defenderse con extrema tenacidad.

Capitana le hizo trizas el pescuezo, y á los pocos momentos Nicolás exhalaba el último suspiro.

Dos vecinos, sentados á la puerta de sus casas, recordaron haber visto salir de la panadería á un anciano acompañado de un perro negro, al que iba dado de comer durante el camino.

La Saverini regresó á toda prisa á su domicilio, y durmió admirablemente aquella noche.

GUY DE MAUPASSANT.

LAS ALAS DEL ANGEL.

MIRA, hermano, cómo se amontonan las nubes negruzcas y cárdenas; semejan colosos y monstruos deformes que traen en sus alas la tormenta, mensajeros de la ira de Dios.

—Medrosa!

—Te engañas, Pablo, ni aun la misma divina justicia me amilana, porque estoy segura que por muy severa, por muy grande y hasta por muy terrible que se manifieste, no tiene otro fin que nuestro bien, y á ella ha de seguir indefectiblemente el inagotable caudal de su misericordia.

—¡De modo que no temas que un rayo del gran Jehová aniquile á este infame protorvo?

—Lo que sí temo, dijo la niña corriendo con una sonrisa el sello de tristeza que habían impreso en su rostro las irreverentes y locas palabras de su hermano, es que vuelvas grapa y me obligues á dar por terminado un paseo para mí tan grato y encantador. . . ¡Ab! añadió la gentil amazona, poniendo su linda jaquita á dos pasos del fogoso alazán que montaba Pablo, no sabes tú lo contenta, lo orgullosa, lo satisfecha que estoy de tu compañía: será que, como tanto me la haces desear, cuando alcanzo ese bien me parece estrecho el corazón para gozarle. Nada amo tanto como el sol, nada hallo tan sublimemente bello y magnífico; es el padre de la luz, el astro de los astros; me parece verle en aquel día memorable salir de las manos del Creador, y marchar á clavarse en el firmamento para fecundar y embellecer la tierra hasta la consumación de los siglos. Quisiera tener los ojos del ángela para saciarme de mirarle frente á frente.

—Inspirado estuvo quien te puso Luz en la pila.

—¡Oh, sí! cada vez que me nombran, bendigo las grandezas de Dios. Pues bien, hermano mío, yo daría ese sol, que es la mitad de mi vida, que constituye mi encanto, mi gozo, y me conformara con no ver más que esas nubes opacas y ese cielo sombrío, con tal de tenerle siempre á mi lado como ahora.

Pablo se encogió de hombros y contestó con una fría sonrisa, en la que si algo podía traslucirse era el aburrimiento y la impaciencia, á las dulces y apasionadas frases de la niña.

Pablo de Torrelaguna había cumplido los veinticinco años en un estado verdaderamente deplorable de alma y cuerpo; los vicios y las pasiones pasaron sobre aquella como el simón, asolándola, dejando áridos y desiertos arenales donde acaso hubo gérmenes de flores y frutos.

Hijo único y amadísimo de sus padres, y con la conciencia de una pingüe fortuna que él juzgaba inagotable, dióse tan buena maña, que á vuelta de pocos años veía su padre seriamente comprometida, y hubo de cerrar las arcas al desencaminado mozo, señalándole una pensión para sus gastos.

Esto humillóle exasperándole; trocó en desapego y resentimiento el tibio amor que á sus padres tenía, y creció más irritante y voraz la sed de dispendiosos placeres, que eran tan ardientemente apetecidos cual pebres é insulsos al gasterlos; en una palabra, nuestro desdichado joven, sujeto por la férrea paternidad á una existencia que se le hacía odiosa e

UNA VENDETTA.

LA viuda de Pablo Saverini vivía sola con su hijo Antonio, en una casa pobre, situada sobre los baluartes de Bonifacio.

La ciudad, suspendida sobre el mar, al pié de la montaña, contempla por el estrecho, erizado de escollos, la costa más baja de la Cerdeña.

El viento azota constantemente el mar y la pelada costa, apenas vestida de yerba, engolfándose en el estrecho, cuyos dos bordes asola sin cesar.

Los penachos de espuma, adheridos á los negruzcos picos de las innumerables rocas que rompen por doquiera las olas, ofrecen el aspecto de girones de lienzo que flotan y palpitán en la superficie del agua.

La viuda Saverini vivía con su hijo Antonio y su perra Capitana, hermoso animal de pelo largo y recio, de gran resistencia y acostumbrado á la custodia del ganado.

Una tarde, á consecuencia de una disputa, Antonio Saverini fué muerto traidoramente de un navajazo por Nicolás Ravolati. e